

CONTADORES DE PATRIAS:

## BENJAMIN SUBERCASEAUX Y SU LIBRO "CHILE O UNA LOCA GEOGRAFIA"

Por  
Gabriela  
Mistral

(Para LA NACION)

PETROPOLIS (Brasil), abril de 1941

YO no sé que haya un empleo mejor de nuestras potencias que decir el terrón natal: cuanto escribimos en la América con pretensiones de universalidad suele parecerme un vagabundaje sin sentido, un desperdicio de la fuerza y un engaño infantil de nuestras vanidades criollas.

Entiendo la alegría grande que habrá dado escribir un libro como "Chile o una loca geografía" y llegar al remate de un antojo que fué tan ambicioso y que se ha consumado con la más bella guardia.

Los contadores de patrias cumplen de veras un acto de amor: el amor antiguo y el medieval iban del encantamiento al furor en un ejercicio pendular, cosa que no pasa con el pobre amor moderno; el texto de usted está lleno de la rabiosa exigencia que es la del amor en grande.

En buena hora ha venido a prestigiarnos el ensayo geográfico y a propagarlo entre los mozos. Va siendo tiempo de que algunos dejen el oficio universal de poetas y se den con una modestia servicial a contar la tierra que les sostiene juntamente los pies trajinadores y la densa pasión. Recuerdo a otros antecesores de su hazaña: el argentino Martínez Estrada, en su magnífica "Radio-geografía de la Pampa"; el colombiano López de Mesa, en su relato lírico de Colombia... y el chileno Agustín Edwards, ensayista de una geografía humanizada. (Aprovecho esta ocasión para decir el bien que los cinco me habéis hecho y que me ata a vuestra querencia).

Fué natural la explosión de nacionalismo terrícola que cayó sobre el mundo cuando éste iba entrando en la arteriosclerosis de lo abstracto absoluto; y era hermosa de verla antes de que pasase en la quemazón insensata de fronteras y a la rapiñería suelta.

Me gusta la idolatría de la tierra que está en todos los folklores, y no sólo es que la entiendo, sino que la vivo a plena anchura. La tierra fué siempre el gran ídolo, como que ella es la bandeja en que se asientan todas las demás adoraciones humanas.

Hace años me leí un cuento patético que usted me trae a la memoria: Un hombre ha vivido veinte años al lado de su madre bajo las costras sordas y ciegas del hábito, sin descubrir nunca la belleza de sus rasgos, sin darse cuenta de sus gestos, archinobles por cargados de esencia racial; y ha existido también sin mirarse en ella como en su cuerpo primero, lo cual es el modo recto de mirar a la madre. En un accidente de excursión, la mujer y el hijo quedan solos en el campo. Entonces, en la novedad del paisaje y a una claridad de luna sobrenatural, él ve a la madre de golpe y como por primera vez. Una felicidad estrenada, inocente, que no es sino el despeño de toda su infancia, sube de su ser, bañándolo, remeciéndolo, como un torrente. (La mujer deja de ser ella misma pasados los cuarenta años, para volverse un mapa vivo de la infancia de sus hijos.)

El relato era eslavo y por allí tocado de tragedia; en el relato suyo, filial y realista a la vez, no anda la cabellera de la Ménado; sin embargo, usted también ha hecho el redescubrimiento de su madre y ya veses el patético salta de su relato sin que usted se de cuenta.

El destino de su libro me parece tan donoso que se lo envío buenamente. El servirá de guía al viajero, que hoy se llama legión, al que corre el país sin saber manejar otra cosa que sus barcos y pierde cien puntos técnicos de las comarcas y de la costumbre. Yo pensé alguna vez hacerme en un libro parecido al suyo, el perro de Tobías que condujese a los cegatones propios y extraños por la bien hallada tierra chilena; quise volverme el lazarrillo "ganoso" que trotase al lado de los indigentes de fervor, cuando ellos caminan sin hazaña interna, es decir, sin hallazgo. Ahora yo sobre, amigo mío, porque su libro es sencillamente magistral.

Perdóname este feo pensamiento pedagógico: estimo su ensayo geográfico sobre todo como un agente de educación en nuestro pueblo; se lo agradezco como un entrenamiento de los sentidos indoamericanos, hartos inapetentes delante del tendal de la hermosura terrestre. Son asuntos de mucha monta, son grandes señores de los cinco sentidos, y en una raza quebrada por la mezcla, han caído en gran decadencia. El indio artífice y músico veía y oía mejor que los mestizos. El español galopó su América sin echarle ojeadas que no llevase una intención de minas o de "huacas" y el propio don Alonso de Ercilla llevaba tal viga en el ojo que no vio la selva araucana...

Los profesores sudamericanos que deben enseñar a los niños a ver y sentir el cuerpo patrio, cuando escriben manuales piensan tanto en su aprobación por el ilustre Consejo, que no hay modo de que se atrevan como usted a escribir metafóricamente y

a entregar un país que aparezca tan vivo como un hermoso animal; el que usted atrapé en sus ojos, alienta y quema de vivo...

Aunque nunca fui una ignorante del bulto patrio y me he vivido el país desde sus salinas hasta sus hielos, coseché novedades a manos llenas en el emporio de su libro. Glotona y golosamente devoré las trescientas páginas, agradeciendo lo inédito y regustando yo la sabido, que se re-crea al pasar por su cernidor, donde coge unas relumbres de amianto.

El escritor sudamericano, un Rubén Darío o Montalvo, fueron poco deudores de sus países en cuanto a la nutrición espiritual que habrían de buscar en la forrestería. ¡Pobrecitos ellos y los que hemos venido después! Mientras que el escritor europeo debe a su continente la masa fabulosa de cultura acarreada por la marea de las generaciones, es harto flaco, es bien poco lo que el Nuevo Mundo nos entrega a nosotros cuando nacemos. Pero, en cambio, ¡cuánto nos regala en descargo la loca generosidad de la tierra para hacernos perdonar aquellas hambrunas! ¡Qué no da a nuestros sentidos la bien formada, la bien plantada, la que rebosa de sí como las mitologías! Los hijos no hemos sido muy tiernos que digamos con la dadviva. La naturaleza nuestra parece una voz desatada que vocea sin parar a una tribu de sordos estupefactos. Responder a esa voz, casi nadie. Los mestizos la miran muy india todavía y los otros no se atreven aún con la empresa de mondar esta piña-amazona que se sienta sobre espada. Tienen cierta razón: cuestan las primeras versiones de un paisaje y en lo que toca a la costumbre, que está en agraz o es confusa, el ejercicio viene a ser más duro todavía. Por eso habría que estar agradecidos a los novelistas indoamericanos, y usted recuerda con razón a Mariano Latorre, que desbrozó el campo chileno en una primera excursión corajuda.

Kipling habría celebrado a usted el ánimo hazañoso para emprender la "faena del hombre blanco". No se ha acabado la gesta de los "caras pálidas" (1) en el continente que ganaron y que deben merecer a cada época, pues no lo conquistaron de una vez por todas...

La *musa variedad*. — Cuenta usted a Chile especialmente en su originalidad mayor, que es la diferenciación acérrima de sus miembros. Nada tiene de extraordinaria la variedad en los países descomunales: los Estados Unidos, por ejemplo; pero resulta milagrosa en la reducción del planeta llamada Chile; todo está allí: calvicie geológica, selva dura, largos vergeles, nieves y témpanos últimos. La pluralidad se confunde con el concepto mismo de hermosura en lo que toca a la Venus-tierra, y Chile tal vez sea la cosa más plural del planeta. En su carrera magnífica lo han seducido a usted los cien rostros de nuestra Demeter, y a ratos se me asemeja a los devotos hindúes que dan la espalda al Buda uno y van hacia el Vishnú de cien brazos, por predilección de lo numeroso...

La variedad fué para usted una musa, la que le dictó con igual hermosura las páginas sobre el desierto calenturiento, crujendo quieto al sol como Palemón, el estilista; la que le dió el trozo admirable sobre el tedio del agua en la zona del Sur; la que le cuchicheó los capítulos australes, para los cuales carecía de lecturas ayudadoras, porque apenas si las hay, y la que le cedió el capítulo escrito con legua de idilio de "La tierra que mana leche y miel" en los valles transversales. En ésta, como en las otras partes del libro, se goza la riqueza de su experiencia de gran viajero. El Egipto vivido por usted le enseñó el acuerdo con la arena; y las nieves europeas, hechas a esqui o bravamente trepadas, le sirvieron para el reencuentro con la cordillera, su dueña. Mi gratitud de lectora ve hacia el caminador que atravesó Chile, sin apuro de itinerario, sin hacer dengues al frío ni rezongar al bochorno de la ruta.

La pulcritud literaria está presente en todas partes como una virtud cardinal. Es costumbre en el sudamericano que el cuidado literario se deslice hacia lo formal y esto a la inercia de frase y períodos; pero en usted el dinamismo no se relaja, no flaquea y se le siente alácrito en los repechos, alegre en las "bajadas" y dichoso siempre. Los escritores de viajes olvidan que su lengua debe parecer una marcha y a veces una cabalgata...

A lo naturalista y a lo poeta conjuntamente, trata usted la flora y fauna chilenas y en igual forma exhibe las materias. Me

parece un prodigio su "presentación" de plantas y bestezuelas indígenas o importadas. El nogal ha entrado en mí como de nuevo, gracias al lindo acápite que hace sonar las nueces en mi falda con un ruido de bolitas de billar; el quillay airoso, tan lejano en las cuevas y tan presente en el "lavado de pelo", vuelve a echar su espuma entre mis dedos; la palma de miel, en la cual los poetas ni hemos reparado, se me pone delante con sus tajos longitudinales, como una Juno alanceada; la yareta, que no conocí, queda tan soldada a mí como un texto de catecismo, y el cohayuyo, que nunca mentan los cronistas, aunque lo aprueben en nuestras mesas, usted lo dice de tal modo que se le saborea, requemado en yodo marino; el blivo mediterráneo, apenas visto en mis mocedades, me lo deja usted ahincado en el terrón patrio, y

creo que nadie lo dijo antes mejor. En el libro, que reverbera de creación, ha venido hasta mi mano la leica revolcada en brasas; la tenca lanza su flecha de cristal y me quedo oyéndola, aunque viva en el repertorio divino de pájaros que llaman Brasil; y los picaflores, puestos en una estampa que vale por un esmalte, me hacen esperar que resucite allí la fantasía, dádiva del Espíritu Santo que El nos concede, así para los negocios divinos como para los más terrestres.

El materialismo derivado de la economía, que llena el mundo, viene a prestigiar de soslayo lo maravilloso mineral. Los poetas—usted entre ellos—aprovechando el viraje de la masa, ya le hablamos de metales, de fosfatos, de sajes, cosa a que no nos hubiésemos atrevido en otro tiempo. Me hace usted ver el Chile minero en el capítulo ejemplar de la desolación norñera y sólo me deja vacante un deseo: la noticia del cobalto, cuya posesión nos tocó en suerte y del que no hemos dicho cosa alguna.

*Tipo chileno*. — El capítulo del libro que podría llamarse "Corporalidad chilena" me causó profunda impresión. Corre por él la pasión estética de toda la obra suya, pero aquí ella lo lleva a no sé qué inquisición arrebatada en defensa de la belleza racial. (Nosotros bien podríamos llamar su vida criolla "la dolorosa aventura de un apolíneo caído en América del Sur"). Una vez que mis compatriotas sepan el rigor de sus medidas, le tomarán a pun-donor racial y no a malevolencia el juicio físico del chileno, que es acérrimo; son pocos los que conocen el manadero de un asunto y el libro hará fruncir los ceños: entre amores propios creo que no haya ninguno tan quisquilloso como el de nuestra forma. Hasta a mí me pone perpleja el que, habiendo usted vivido años en la orilla obscura del Mediterráneo, donde el hombre parece un primo hermano del indígena americano, le parezcan tan poco amables, es decir, queribles, nuestros cuerpos aindiados. He repasado esta sección aceptando y rehusando razones, porque la lectura se vuelve un combate cuando se oye a un hombre cargado de conceptos y el que lee también sustenta los suyos. Mientras seguía la palidonia de la carne chilena, que la seducción de su prosa volvía bastante convincente me saltó a la memoria el hecho que voy a contar, oportuno como la tabla que tiran al que se ahoga... En la "Promenade des Anglais", de Niza, a la hora de la tarde, cuando todas las larvas de los casinos y los hoteles salen a respirar la bocanada marina antes de entrar en los cubiles del juego, se me hacía presente el pobre Jean Lorrain. El habló del semblante europeo como de algo odioso que lo hacía huir; él detalló la bajeza, la co-rretería, las marcas de los pecados más "capitales", que van en las facciones, vocedados y venteados. A cada diez pasos me encontraba en la "Promenade" los engendros que quemaron los ojos del pobre Lorrain. Endurézcase un poco usted y prefiera a las larvas finiseculares que pasean la ruta Cannes-Menton, la fealdad brutal y transitoria de nuestros pueblos mestizos. Porque eso es ella, en mucha parte: el desorden corporal que deriva del batido de dos sangres opuestas; la aspereza de un tejido parchado; la costra de un pan enleudado por levaduras distintas y que pusieron a hervir juntas. Acuérdesse usted de la batahola vista en los matraces de laboratorio: van de cuello abajo, carbonatos, óleos y otras cosas endiabladas; el zipezape de las botellas dura un instante, y en el trance del mestizaje, tardan un momento... histórico. Cuatro siglos cuentan por nada en una operación étnica. La peor borra se aplacará en el fondo y se irá volviendo el hermoso licor que echa de sí limpias relumbres en estado consumado.

Tengo pocas imágenes y éstas bien borrosas que me entreguen el tipo hispanomapucho. Recuerdo mi susto de niña al ver unos apires de Montegrande salir de las bocaminas. Los pobrecitos eran feos, de piel sudada, de piernas deformes y de caderas descalabradas, y tosían esputando su polvo negro. Miseria todo eso y no fealdad constitucional; laboreo primitivo, ningún cuidado de los dueños del cobre hacia la herramienta adámica y tampoco amor alguno del minero por sí mismo, pues éste acepta su vida y yo lo he oído mofarse de su propio cuerpo como una sabandija.

En cuanto a la otra fealdad, a la moral, que Vd. miró con terrible atención, es verdad que ella se divide en la brutalidad de

las líneas y en una extraña pesadez o vacío de la mirada; algunos iris son la materia pura o son la nada; aparecen abotagados o están huecos. La carga-zón de carne del ojo, el órgano más ligero de todos, le choca a Vd. o lo irrita son no poca razón. Pero nosotros, su clase y la mía, Vd. y yo, tenemos la culpa de la peguera que existe en esas dos pulgadas del rostro, la cual nos ofende a ambos como una especie de traición a la casta. Nosotros no hemos cuidado a Juan-apir y Juan-gañán, ni en la ración de alimento que se le debía, ni en las varas de tela de sus ropas; menos aun en la altura de su techo y no le dimos la parte que había menester de juegos y de música coral a la intemperie. En veinte años, las sociedades deportivas han hecho más que la asistencia oficial por la corporalidad chilena y no hay cómo agradecer su entusiasmo disciplinado y la marcha forzada que hacen para salvar la carne chilena que decaía a ojos vistas.

Vd. pensará que los pueblos orientales y norteafricanos tienen miseria subida y que nacieron igualmente de una confluencia doble o triple de sangre, lo cual no ha impedido que el alma dé un bello testimonio de sí sobre el Israel hambreado cuyo semblante suele ser de una belleza sobrenatural. Cierto es y hasta tal punto que los mejores ojos franceses que yo vi en la Provenza venían siempre de sangre argelina o tunecina: ¡Cuánto me han hecho pensar y desvariar algunas criaturas halladas en Tánger o en Marruecos! El espíritu las batía como si un alcohol de cáñamo las agitase; las Agares y los Mahomas latían de la pasión que da la única vida que valga la pena.

Aunque a los civilizados pedantes les indigna mi ocurrencia, pienso que toda esa gente, muchas veces plebeyísima en el sentido de la miseria corporal, está más asistida y es mucho más rica en lo que toca a los negocios del alma que nuestro criollo bien servido de escuelas, aldea por aldea. Esas tribus poseen a sus maestros artesanos, usufructúan de sus cantadores al aire libre y sus poetas todavía cantan la vida árabe, porque aun no aceptan la ajena. Por su parte, los maestros de artesanía no los han desertado; no se les ocurre que ellos no puedan convivir con Juan gitano ni se imaginan que su obra maestra lograda en marfil o cuero deje de entenderla el corro de los hombres en la plazuela. Y porque los hombres espirituales mantienen su tradición de anchura folklórica o sean de expansión popular, de toma y daca en los refranes o las fábulas, el arte allí se halla en todas artes y circula por el mundo mahometano como las arenas voladoras o el olor de los camellos. Por la misma razón el semblante musulmán lleva aquellos ojos ardidos de hornaza y, a pesar del desaseo y la baja mendicidad, son hermosos, castizamente hermosos, y quien los vio no los olvida nunca.

Creo de más en mas en los delitos colectivos y aunque sé que en la América criolla la clase dirigente tiene tremendas responsabilidades, he llegado a la conclusión de que la clase media no es nada inocente, pues no la veo mucho más generosa en el festín nacional y el pueblo, olvidado de sus tradiciones y aferrado a la maldita botella de alcohol, redondea el círculo del delito común, del muy sombrío delito.

Los guías del pueblo, así los burgueses como los líderes obreros, creyeron durante un siglo que unas pobres nociones científicas y materialistas dadas en las escuelas iban a crearlos un bello pueblo culto, y no saben bien todavía que la porción de las artes dentro de una cultura popular ha de ser mucho mayor que la que pone la ciencia y que, por su parte, la religión allega unas especies insustituibles a la espiritualidad de cualquier raza. Cuando hayan visto claro la proporción exacta de estos componentes dentro de la fórmula "cultura popular", y los acepten uno por uno, sólo entonces estarán en situación... de comenzar la empresa.

*Campesinado*. — Un nudo gordiano, sin solución por desatadura ni por cuchilla, se hace entre su libro y mi convicción respecto del campesinado chileno. Su punto de partida es el de que la hacienda "creó lado a lado en Chile la clase dominante y la sometida sin ninguna posibilidad de nivelación". Estoy de acuerdo con Vd. en lo primero, pero no en la afirmación de que no haya una esperanza de homogeneidad, pues a pesar de vivir patrones y peonaje, dos niveles de diferencia abisal, el dejo de semejanza persiste por no sé qué esencia misteriosa que pone en ambos la vida rural. Donde mi entendimiento se subleva leyendo, Benjamín Subercaseaux, es en el juicio moral del campesino. Aquella masa que Vd. sólo ve lenta, perezosa y de una blandura hipócrita, constituye